

JAMES JOYCE

Juan Ramón Jiménez

Cuando intento leer la obra de Joyce (y digo intento porque no tengo la pedantería de creer, y menos si tengo que leer ayudado en la lectura del texto original, que puedo comprender del todo creaciones del tipo tan personal y tan particular de la suya) me represento siempre su escritura como los llamados ojos del Guadiana andaluz, ese trayecto donde el río, por andaluz, sale de la tierra y se esconde sucesivamente de su cauce en ella.

El río, naturalmente, está dentro, allí está, no hay duda, con muchos párpados caídos, ojos cerrados donde no vemos su fluir. De vez en cuando abre los ojos, no tanto para que lo veamos, como para ver él. Este es, creo yo, el secreto de James Joyce. Joyce, en la raudal de su obra, abre los ojos en su escritura, corriente interna y superficial sucesiva, para ver él, no para que lo vean. Y lo que dan el Guadiana y Joyce es el mundo reflejado del cielo, techo aéreo jeneral, en sus ojos del espacio. Lo otro, lo interior es contenido de ellos más que reflejo, y nosotros tenemos que ver directamente el contenido adivinándolo, a través del cuerpo o de la tierra.

Su expresión es rumor inconciente musical en el río, en él, conciente lengua reflejada de todas en el ámbito, una música cuyas ideas están como en la música; música de palabras desarticuladas y unidas de nuevo como notas de palabras anhelantes en su vida rota de ser vida correspondida y que cobran por ese anhelo un sentido, como los injertos, como los imanes de las partes de amor olvidadas de las otras partes del amor, un nuevo sentido al que está acostumbrado a abrir los ojos durante el sueño del cuerpo y sorprender el interponerse de las dos vidas, la despierta por fuera y la despierta por dentro.

En gran parte de obra, Joyce está dormido por fuera, en otra está dormido por

dentro. Lo que vemos todos es lo más corriente en los dos casos, el cuerpo durante el dormir, el sueño durante el vijilar. Vijilar debe de querer decir estar en uno para que no nos despierten el alma; dormir, soñar para que no se nos despierte el cuerpo.

Me imagino también la obra escrita de Joyce como uno de esos ponientes universales de ciudades o campos infinitos en cuyo mundo acumulado por la despedida se oye el rumor de todos los siglos, todos los países, todas las lenguas de la tierra; una lengua que comprendemos bien sin haberla estudiado del todo, como conversación de una madre, los que creemos que todos los sentidos corporales participan plenamente de cada uno de los otros, y cada uno, de la totalidad del universo.